

Los tres acontecimientos más importantes de la Valencia tardoantigua desde el punto de vista religioso son la definitiva cristianización, los orígenes del monacato y la génesis de su diócesis. Los acontecimientos políticos y militares habían sido, al igual que en toda la península ibérica, muy duros para *Valentia*. Hasta el último tercio del siglo V no se consolidó el dominio visigodo (SEGUÍ-SÁNCHEZ, 2005, 32). Pero a partir de ese momento la ciudad, beneficiada por una época de paz, iniciaría una recuperación económica que, incluso, permite a sus habitantes crear un obispado en fecha imprecisa entre 490 y 528.

La cristiandad valentina se agrupaba en torno al sepulcro de san Vicente Mártir, instalado en la basílica de San Vicente de la Roqueta desde fines del siglo IV, como la de *Complutum* (Alcalá de Henares) se articuló sobre las tumbas de los santos niños Justo y Pastor (CÁRCEL ORTÍ, 1986, 42). En el siglo V se creó un monasterio anexo a la basílica de San Vicente de la Roqueta. Aquel centro fue el tercer establecimiento monástico de Hispania. El estado actual de nuestros conocimientos no permite aclarar cuál fue el modelo en que se inspiró. Existen tres posibilidades: un cenobio como el de la isla de Cabrera; una laura como la del mar Menor; o que imitara la regla para los siervos de Dios de san Agustín de *Hipona*, en el norte de África (MARROU, 1964, 307-317). En cuanto a la primera, tal vez el emplazamiento de esta comunidad monástica se deba a la llegada de cenobitas a Cabrera, descontentos ante la política arriana del rey vándalo Genserico (428-477), quien se había apoderado de las Baleares en 455.

Este monarca tenía creencias arrianas, en su vertiente homea, al igual que sus colegas visigodos. El homeísmo defendía que Cristo era igual al Dios Padre, mientras la ortodoxia nicena preconizaba que era consustancial (KELLY, 1980, 343-351). El primer monasterio hispano fue el citado cenobio, que ya existía en 398, como muestra una epístola agustiniana (nº 48) con motivo del viaje a *Hipona* de dos cenobitas hispanos llamados Eusebio y Andrés. Para conocer la primera comunidad cenobita de *Valentia* el modelo de Cabrera es un buen punto de referencia. Las excavaciones en el monasterio de Cabrera demuestran que seguía el ejemplo de san Pacomio, esto es, el de una aldea separada del mundo por una tapia. El cenobio abarcaba varias casas. Cada casa comprendía diversas celdas individuales y se dedicaba a una actividad útil para la comunidad. A su vez, cada cenobio tenía un superior auxiliado por un segundo, además de un ecónomo que se dedicaba a las tareas contables y administrativas. En el seno de los cenobios cada casa contaba con unos veinte cenobitas y se hallaba gobernada por semaneros o hebdomadarios. Éstos cambiaban todas las semanas y se ocupaban de que se cumplieran los objetivos asignados para la casa por los superiores.

La segunda opción es el modelo de laura como el que fundó Paulo Orosio, en 418-419, en la costa del mar Menor más próxima al cabo de Palos, lugar en la que poco después falleció (423). La laura consistía en el agrupamiento de varios ermitaños bajo la dirección de un abad. Orosio creó una en el lugar indicado inducido por el recuerdo de las que había conocido en las proximidades de Alejandría y el delta del Nilo durante su viaje de ida a



La llegada a Bari de la reliquia con el brazo de san Vicente se explica por la ocupación almorávide de Valencia, el 5 de mayo de 1102. Esa reliquia procedería de San Vicente de la Roqueta. El obispo Jerónimo de Périgord había abandonado la ciudad del Turia con Doña Jimena, el cadáver del Cid y las tropas castellanas. Su sucesor, Teudovildo, aprovechó la excusa de una peregrinación a Tierra Santa para llevarse el brazo de san Vicente. Los almorávides no debieron poner impedimento alguno pues con ello perdía una de sus señas de identidad la mozarabía valenciana. El propósito de Teudovildo era donarlo al Patriarcado de Jerusalén, pues en 1099 los cruzados habían entrado en la Ciudad Santa. La muerte sorprendió a Teudovildo en Bari. La reliquia quedó en manos del obispo de esa ciudad, Elías, quien falleció en mayo de 1105. En 1970 los propietarios de la reliquia devolvieron el brazo incorrupto de san Vicente a la catedral de Valencia, en cuya girola se venera.

Capilla de la Resurrección de la catedral de Valencia, donde se expone el brazo incorrupto de san Vicente.

Tierra Santa en 415. Incluso, el entorno geográfico mediterráneo de Cartagena era muy similar al constituido en la desembocadura del río egipcio y en la ciudad de Alejandría.

Tampoco puede descartarse la posibilidad de que el monasterio valenciano más antiguo se rigiera por el modelo de san Agustín de *Hipona*, sobre todo si se tienen en cuenta las relaciones entre éste y gentes de Hispania y, como consecuencia, su gran influjo. Así, a título de ejemplo, se constata la tenencia de obras agustinianas en la biblioteca del monasterio Servitano que san Donato fundó en la diócesis de *Arcavica* (Cañaveruelas, provincia de Cuenca) hacia 570, los ecos de los escritos del obispo de *Hipona* en los llamados *símbolos de fe* que elaboraban los concilios de Toledo, el conocimiento de las obras agustinianas por san Isidoro de Sevilla y la dependencia de la *Regla de los monjes* de san Isidoro respecto a la *Regla para los siervos de Dios* de san Agustín.

El otro aspecto fundamental del cristianismo valenciano de época visigoda fue la consolidación de su diócesis. La pujanza de la ciudad (ROSSELLÓ, 1999, 44) determinó que arrebatara esa posibilidad a Sagunto, en franca decadencia (ARANEGUI, 2000, 123-126). No contamos con datos precisos hasta el tránsito del siglo V al VI, cuando se constata la existencia de un obispo valentino, quizás llamado Tomás, según la deteriorada inscripción que aparece en 1770 en la casa del Peso de la Harina. Mejor conocido es el más importante obispo valentino de época visigoda, Justiniano, quien rige la sede entre 527 y 548 aproximadamente. Por san Isidoro

de Sevilla estamos al corriente de que tenía tres hermanos obispos: Nebridio de *Egara* (Tarrasa), Elpidio de Huesca y Justo de Urgel (LINAGE, 1980, 353-354). Pero para saber su trayectoria es esencial el epígrafe que se ha conservado sobre su persona, que permite el análisis de la carrera eclesiástica de Justiniano. Conocemos que antes de ejercer el obispado valentino fue abad de un monasterio y que en torno a 520 fundó el primer cenobio femenino en *Valentia* del que fue capellán. Justiniano era muy devoto del mártir Vicente. Desarrolló especialmente la vida monástica en su jurisdicción, creando en la Punta de l'Illa de Cullera un monasterio sobre la primitiva ermita de San Vicente. Allí mandó construir un dique para asegurar el avituallamiento de los monjes. Más importante fue la edificación de la primera catedral de Valencia. Tomás pensaba erigir una sede para su estrenada diócesis, pero sólo Justiniano realizó el proyecto. La cárcel de San Vicente era una capilla anexa que se ubicaba en el extremo sur. Sirvió a buen seguro de enterramiento de Justiniano y sus sucesores. La catedral se inauguraría muy posiblemente con motivo del concilio provincial que el obispo presidió en 546. Entonces se llevarían parte de las reliquias de san Vicente desde la basílica martirial de la Roqueta al ábside de la nueva iglesia metropolitana. La razón del traslado estaba unida a la idea de que los cuerpos de los mártires protegen la seguridad pública en las ciudades que los honran (Basilio de Cesarea, *Hom. In sanctos XL martyres* 8; Efrén el Sirio, *Sermones Exegetici. In Isaiam* 26, 10; Teodoro de Ciro, *Grae. aff. Cur. Sermo* I, 8). La inscripción de Justiniano alude también a templos nuevos y antiguos. Quizás se refiera a algunas iglesias parroquiales de Valencia en época visigoda cuya existencia arqueológica sólo se atestigua con certeza al inicio de la calle del Mar y en la plaza del Negrito. Conocemos los nombres de los asistentes al concilio provincial de Valencia de 546. Presidió el sínodo Celsino, que al ser arzobispo de Cartagena firmó en primer lugar las actas. Le siguieron Justiniano de *Valentia*, Reparato de *Saetabis*, Modesto de *Dianium*, Benagio de *Ilici* y Ampeilio de *Elo* (*Colección Canónica Hispana*).

Con Leovigildo (568-586) *Valentia* cobró una gran importancia estratégica, pues este monarca emprendió un intento de contención por el norte de la provincia bizantina de *Spania*, con capital en *Carthago Nova* (Cartagena), que perdura de 554 a 625. Leovigildo instaló contingentes militares en la ciudad del Turia, y en la que coexistían, además, dos obispos: el arriano Ubiligiscló y el niceno Murila. A la muerte del rey, ya bajo el reinado de Recaredo, durante el III concilio de Toledo de 589, la conversión del monarca al catolicismo provocó la de los obispos arrianos, cosa que también ocurrió con Ubiligiscló. Sin embargo, se desconoce si conservó su diócesis o se le buscó algún acomodo dentro de la Iglesia.

Pocos años después del III concilio de Toledo ocupó la sede la importante figura del obispo san Eutropio, preceptor del rey Recaredo y que había sido abad del monasterio Servitano, donde había sucedido a su fundador san Donato (LINAGE, 1980, 2365). De los restantes obispos valentinos hasta la invasión sarracena sólo se saben sus nombres por sus participaciones en los diferentes concilios, con la salvedad de Anesio, de quien conocemos sus obras de reparación de la catedral de Justiniano. Sus nombres son: Marino, en el sínodo de Gundemaro (610); Musitacio, en los concilios de Toledo IV (633) y V (638), mientras que en el VI (638) se hace representar por el diácono Severino; el mencionado Anesio, en el VII de Toledo (646); Félix, en los concilios VIII (653) y IX de Toledo (655); Suintérico en el

concilio XI de Toledo (675); Hospital, quien envía en representación al diácono Asturio en el concilio XII de Toledo (681); Sármata, en los concilios de Toledo XIII (685) y XV (688), que se hace representar en el concilio XIV de Toledo (684) por el diácono Juan; y Witiscló en el concilio XVI de Toledo (693) (*Colección Canónica Hispana*).

El final de la Iglesia visigoda en *Valentia* es confuso. En la invasión árabe de 711 la catedral se salvó a raíz del pacto de Teodomiro con los recién llegados a quienes representa Abd al-Aziz ibn Musa. El pacto se fecha en 715. En sus términos Teodomiro acepta la *dhimma* o sumisión de los cristianos en buena parte de la región levantina con las salvedades de *Dianium* (Dénia) y *Saetabis* (Xàtiva). Esos dos casos se debían a cualquiera de estas razones: fuga de sus autoridades, resistencia por la fuerza a los soldados del islam o conquista desde el interior por Taric, quien no suscribe el pacto. La tercera hipótesis es muy probable en el supuesto de *Saetabis*. Los cristianos pasan a ser «gentes del Libro». Los árabes reconocen los privilegios de Teodomiro y sus compañeros y se comprometieron a respetar la religión de los vencidos y a no quemar sus iglesias (TARRADELL-SANCHIS GUARNER, 1975, 211-214). Así se explica la fase mozárabe del cementerio anexo. La catedral sólo se destruyó en 778 cuando el califa omeya Abd al-Rahman I sofocó la revuelta proabbasí de al-Saqlabi. La sede mozárabe de *Valentia* vuelve quizás a instalarse en la basílica de San Vicente de la Roqueta donde convive con los monjes allí establecidos. Es entonces cuando se debieron dividir las reliquias de la catedral, aunque no las de San Vicente de la Roqueta, entre los mozárabes de *Olisipo* (Lisboa), los monjes de San Vincenzo al Volturno (Italia), fundado precisamente en el siglo VIII, y las catedrales de Monenbusia (Grecia), Castres (Francia), Benevento (Italia) y Spalato (Dalmacia). La llegada a Bari de la reliquia con el brazo de san Vicente se explica por la ocupación almorávide de Valencia, el 5 de mayo de 1102. Esa reliquia procedería de San Vicente de la Roqueta. El obispo Jerónimo de Périgord había abandonado la ciudad del Turia con Doña Jimena, el cadáver del Cid y las tropas castellanas. Su sucesor, Teudovildo, aprovechó la excusa de una peregrinación a Tierra Santa para llevarse el brazo de San Vicente. Los almorávides no debieron poner impedimento alguno pues con ello perdía una de sus señas de identidad la mozarabía valenciana. El propósito de Teudovildo era donarlo al Patriarcado de Jerusalén, pues en 1099 los cruzados habían entrado en la Ciudad Santa. La muerte sorprendió a Teudovildo en Bari. La reliquia quedó en manos del obispo de esa ciudad, Elías, quien falleció en mayo de 1105. En 1970 los propietarios de la reliquia devolvieron el brazo incorrupto de san Vicente a la catedral de Valencia, en cuya girola se venera (SORIANO, 2000, 34-35).



La muerte de Gundemaro (612) inaugura lo que será el último siglo de existencia del reino visigodo de Toledo. El nuevo rey, Sisebuto (612-621), se embarca inmediatamente en una ambiciosa campaña militar contra las posesiones hispánicas de Bizancio, empeñado en aquel momento en una durísima guerra contra el persa Cosroes II. A pesar de que en 615 Sisebuto ofreció de manera inesperada la paz al Imperio, tal vez conmovido por la masacre de cristianos llevada a cabo en Jerusalén por el persa el año anterior, lo cierto es que sus acciones militares permitieron a su sucesor Suintila (621-631) asestar el golpe de gracia a la provincia bizantina de *Spania* al conquistar y arrasarse su capital, Cartagena (625). Sintomáticamente, Suintila ya no acuñará en Sagunto, sino en la misma Valencia, lo que indica el alejamiento definitivo del frente hacia el sur y el fin de la amenaza que suponía para nuestra ciudad la proximidad de la frontera con los bizantinos.

Triente de Suintila. Biblioteca Histórica, Universitat de València.

El final de la ciudad visigoda

[ANTONIO C. LEDO –UVEG–]

La muerte de Gundemaro (612) inaugura lo que será el último siglo de existencia del reino visigodo de Toledo. El nuevo rey, Sisebuto (612-621), se embarca inmediatamente en una ambiciosa campaña militar contra las posesiones hispánicas de Bizancio, empeñado en aquel momento en una